



Alejandro v. Humboldt, según un óleo de F. G. Weitsch



Humboldt, según un óleo de J. R. Lambdin

HUMBOLDT Y LAS CIENCIAS NATURALES

Discurso del ministro de educación, doctor Abel Naranjo Villegas, en el homenaje rendido por la Universidad Nacional a la memoria del ilustre sabio alemán.

Vamos a incorporar en la memoria de los colombianos al Barón Alejandro de Humboldt. Y vamos a hacerlo precisamente en los prados de esta Universidad Nacional de Colombia, para que el bronce que evoca aquí su figura, reencuentre el contacto con la naturaleza que él descubrió y con los hombres que aquí están estudiando la ciencia. Y esto lo hacemos porque éste es el centro pensativo de Colombia, el cerebro a donde deben llegar todas las meditaciones de quienes se empeñan científicamente por conocerla. Desde todos los confines de la tierra y de la ciencia deben venir aquí a servir a la memoria de los estudiantes colombianos, aquellos que han sido precursores o formadores de nuestra realidad histórica.

EL DESCUBRIDOR DE NUESTRA NATURALEZA

Cuando un día aparece por estas tierras Cristóbal Colón, trayendo en sus frágiles carabelas la concepción geográfica de nuestro continente, no quedó todavía descubierto con esa posesión material de las tierras, el sentido de nuestro hemisferio. La inmensa variedad de su naturaleza necesitaba un ciclópeo descubridor que, como Humboldt, viniera a precisar nuestros fenómenos naturales. Entre esa flora nos descubrió las mejores especies, que fueron las llamadas José Celestino Mutis y Francisco José de Caldas, graves y acuciosos investigadores que continuaron su obra portentosa. Y si estos dos genios universales, Colón y Humboldt, descubren nuestra geografía y nuestra naturaleza, será necesario que un día aparezca otro descomunal investigador que, extraño a nosotros, con más objetividad y más desinterés, descubra también el sentido de nuestra historia para completar el hemisferio de nuestra sabiduría.

Los etnólogos y antropólogos escrutan los rasgos y caracteres de nuestro pueblo, para encontrar las procedencias de la raza y el signo de su mestizaje. Pero es a los filósofos de nuestra historia a quienes va a corresponder un día fijar las cuotas espirituales que constituyen el mestizaje espiritual, el más seguro signo de nuestra posibilidad como cultura. El espíritu de España en la religión e idioma; el inglés en el derecho público; el francés en el derecho privado y la sensibilidad literaria y el alemán en la vocación científica, podrían ser los radicales de nuestro mestizaje cultural. En esas corrientes aparecerá, al lado de la influencia colonizadora de los Federman, la corriente colonizadora del espíritu, en la figura gallarda, exuberante y meditabunda a la vez de Alejandro de Humboldt. Con él llega hasta nosotros el método científico para la naturaleza, porque con él empieza a hablarse entre nosotros de las minas, las manufacturas, los gases nocivos, la constitución de nuestras tierras, la atmósfera, la distribución de los estratos de

sus montañas, las plantas, los animales, los astros, el magnetismo, los eclipses, los volcanes, el asedio oceánico, las zonas desérticas, la raza, nuestras cataratas y fontanas y hasta el paso transeúnte y presagioso de las nubes. Seguir sus caminos es ya ponerse en contacto con un mundo que no podremos conocer siguiendo otras huellas de civilizaciones ajenas porque nada hay más auténtico que nuestra naturaleza.

Humboldt, fiel al genio alemán, nos enseñó desde la universalidad a comprender lo singular de nuestra naturaleza. Pero sus trabajos tuvieron en él otro objeto de mayor estatura: el de comprender el mundo de los fenómenos y de las formas físicas en su conexión, y en su mutua influencia; el de procurar “desenvolver el conjunto de los fenómenos físicos del globo, y la acción simultánea de las fuerzas que animan los espacios celestes”. Fue también el de buscar “la conexión que existe entre las fuerzas de la naturaleza y el sentimiento íntimo de su interdependencia”; el de encontrar “éste todo animado por un soplo de vida”, en que se muestra la naturaleza como “unidad de la diversidad de los fenómenos, como armonía entre las cosas creadas que difieren en su forma”.

LA CIENCIA COMO PASION

Revivir, pensándola, la vida de Humboldt, es hacernos conciencia del destino del hombre, cuando la ciencia se convierte en pasión. En que consiste la pasión de la ciencia, la que empuja a buscar la regularidad de los hechos y la formación de principios? Responder a semejante pregunta es tanto como poner en claro la vocación intelectual del hombre, la que como a hombres de ciencia nos corresponde realizar en la historia. Debemos, nosotros, querer ese destino desde sus fundamentos; remitirnos, nosotros mismos, decididamente a él, para que la reiteración sapiente no sea un mero repaso informativo, sino un acto severo de autoafirmación como personas. La autoafirmación, sin embargo, es imposible sin un proceso de autoconocimiento. ¿Queremos, nosotros, la esencia de la Universidad, para que en ella se haga ciencia? Porque la ciencia, por si misma, no necesita existir. Si ella existe, y ha de existir en las aulas, es por nosotros y para nosotros. Quienes se dedican a ella, como pretexto para otros menesteres, están defraudándola, y esta honestidad intelectual es una de las grandes lecciones de este producto superior de humanidad que se llamó Federico Alejandro de Humboldt.

LA NECESIDAD DE TEORIA

La ciencia, dice Humboldt, no empieza para el hombre hasta el momento en que el espíritu se apodera de la materia, cuando compulsa el valor de las observacio-

nes, combina y razona, trata de someter el conjunto de las experiencias a leyes. O, con otras palabras, que la ciencia no empieza para el hombre sino cuando el hombre es capaz del comportamiento teórico. Teoría, se dice, es la pura contemplación, que nace en el admirar, como un mirar intensivo que se dirige a las cosas. Es el estado de ánimo que nos incita hacia el conocimiento. Teoría, es pues, una manera de ser exclusiva del hombre cuando se da en el colmo de su intensidad la relación entre el sujeto que mira el objeto admirado. Esta es la segunda lección de este maestro. La admiración que, como establecieron los griegos, es el principio de la sabiduría. Los americanos miramos solo las cosas. Pero este prusiano singular fue el primero que nos lanzó a la admiración de ellas.

La teoría nace, pues, únicamente en la voluntad decidida por permanecer en el interior de las cosas y en su urgente llamada. A la voluntad decidida se la denomina pasión. Pasión por el ser en total: he aquí la actitud teórica, que nosotros llamamos actitud científica. Vivirla es ganar la contemplación de sí mismo en la pura contraposición al ente, por cuyo sentido, entonces, se hace posible interrogar; es ponerse en estado del conocimiento de sí, a que se llama autoconocimiento, y del sentido del ser, con que se da la relación cognoscente.

Nosotros hemos perdido el sentido de la relación de autoconocimiento, que es el sentido del hombre en actitud teórica, y nos hemos quedado con el sentido del ente, convirtiendo la actitud teórica en un mero preguntar por las cosas. Llamamos por eso ciencia al interrogante quehacer, que acumula el saber sobre la naturaleza de las cosas. Lo que valía en Humboldt era su apasionado saber de la naturaleza, el dominio de sus relaciones. Preservemos a la Universidad de convertirse en el ámbito del conocimiento científico, en que se enseñan y se aprenden las ciencias, sin pasión. La que urge por el conocimiento de sí y del sentido del ente, contrapuesto en la situación de la actitud teórica, de que brotan la norma y el objetivo del saber. La teoría es, pues, el más encumbrado momento del pensar y el pueblo que no la tiene carece de objetivos. Bagavad Ghita dice que nuestros actos siguen a nuestros pensamientos como la rueda del carro a la pezuña del buey.

LA URGENCIA DE PENSAR

Una interpretación ciega para la existencia, ciega para el sentido de la necesidad y relación, malentendió el principio de ciencia, e interpretó su ejercicio como la pura y simple formulación de leyes. Y, desde entonces, los hombres de ciencia no piensan sino que legislan, sin comprender que el saber, según palabras de Esquilo, es menos fuerte que la necesidad. Así empezó la deshumanización del hombre. La ciencia, entonces, no piensa ya, sino que se ocupa con conocimiento y se convierte en "ciencias". Desde este instante desaparece la pasión que libera, que da un presente, que proyecta un futuro, que despierta el denuedo para realizarlo. Y la ciencia se nos vuelve fría, desinteresada, "objetiva" erudición que a nada compromete, como un cómodo y distinguido ejercicio profesional. Así se consumó la deshumanización del hombre, y pervirtió el sentido de la Universidad al evaporar el de universalidad. Amputado

el hombre de la pasión que lo vincula a sus semejantes y lo relaciona con el universo, se convirtió en una fría máquina de formular leyes, con las cuales pudo lanzarse hasta el exterminio de sus semejantes.

Por eso nos esforzamos con celo en el aprendizaje científico, aprendemos de su experiencia en la superabundancia de cosas de la naturaleza, y hasta tomamos conciencia de las limitaciones. El límite o término del conocimiento científico es incentivo para nuevas preguntas sobre lo que existe detrás: "Así se revela, escribía Humboldt, un lazo entre el mundo visible y un mundo superior que se escapa a los sentidos". Era el naturalista que comprende la naturaleza desde la atmósfera superior del humanismo, atento a todos los requerimientos del hombre, mensajero del espíritu.

En pueblos de nuestro subjetivismo racial, elevar al hombre hasta el nivel de la teoría es enseñarle a manejar los instrumentos del espíritu con la objetividad esencial a una conducta superior. Nuestra crueldad es oriunda de ese subjetivismo y sólo será capaz de modelarnos para formas de coexistencia civilizada. Al introducir, pues, en nuestra vida la actitud científica, Humboldt planteó la dialéctica, insuperada todavía de la conducta arbitraria, nacida en la barbarie, y la señorial que es patrimonio del hombre moralmente elevado.

Nos llamamos partícipes de la cultura occidental, y somos hombres de Hispanoamérica: lo que nos ha de salvar, empero, si somos hombres de ciencia, no es la tradición hispanoamericana sino la tradición del hombre, pura y simplemente, como liberación que permite la adopción de su esencia.

LA UNIVERSIDAD

La ciencia debe, pues, convertirse en el poder formativo de la comunidad, si la comunidad ha de ser comunidad científica, capaz de integrar el cuerpo y de realizar el espíritu de la Universidad. Queremos la esencia de la Universidad, en tanto queramos la esencia del saber y la ciencia, pero la primera condición de esta voluntad esencial es el rigor del pensamiento, que se atreve a la universalidad, sin pretender, sin embargo reducir a principios y a meras ideas la esencia variable de la realidad existente.

Rememorar a Humboldt es obligarnos a su voluntad científica y a su pasión por el sentido universal de las cosas; es aceptarle como predecesor en la tradición verdadera, que nos exige, en el rigor del pensamiento, la más firme claridad del más alto, más amplio y más rico saber sobre el destino de nuestra existencia como unidad histórica.

Esa capacidad de ser hombre en totalidad es la lección final de este sabio que pensó, amó, sintió por todos los poros de su personalidad y en cuya vida ejemplar jamás se conoció un momento de ordinariez. Gran espíritu de su tiempo, con él puede decirse que invade las esferas de nuestro mundo colonial el aire renacentista, sacudiendo nuestra melancolía con un garbo insitado de juventud. Y, por eso, fue también un precursor de nuestra autonomía nacional, porque en él choque

con los enjutos intereses advirtió que el porvenir de la ciencia en América estaba vinculado al porvenir de su libertad.

Sus biógrafos lo señalan como un ser exquisito, lleno de sabiduría y de anécdotas, humano hasta el delirio, grave en su oportunidad, estudioso, comunicativo y cortés. Este ademán con los semejantes es uno de los más subrayados de su personalidad que lo indican como dueño de una cortesía refinada porque ella procede del corazón, del sentimiento de la dignidad personal. Es que ese ademán noble, la sencillez graciosa impresa en el gesto y en la palabra, constituyen una poesía física irrefutable y trascendental.

Sabía este selecto producto de la cultura germánica que en la sociedad todo es solidario y que la ciencia no da franquías para aislarse de los semejantes y que quienes nos dedicamos a enseñar, tenemos que aprender primero que los honores que rendimos a los semejantes son la única garantía de los que se nos deben.

En el cuadro gigantesco de nuestra naturaleza aparece Humboldt con la majestad de un profeta, señalándonos las claves misteriosas de su interpretación científica. De Poussin se dijo que había convertido en accesorio el paisaje en sus Pastores de la Arcadia porque el pintor sostenía que el hombre se envilece cuando en el lienzo aparece subordinado a la naturaleza. Y Humboldt no pensó otra cosa cuando entregó a la ciencia universal todos los datos de nuestra naturaleza para que

se advirtiera la magnitud del hombre que habría de producirse en este hemisferio cuando fuera capaz de dominarlo.

Al asomarnos hasta el centenario de su muerte no hacemos otra cosa que rejuvenecer su pensamiento, porque en estos días nos hemos acercado a sus fieles discípulos colombianos, a aquellos que silenciosamente, a veces desamparados de sus contemporáneos, han proseguido su obra y enorgullecen la ciencia colombiana con el saber que han acumulado y con la magnanimidad de su corazón. A ejemplo suyo ellos viven recoletos en la contemplación del inmenso cuadro geopsíquico de América, completando y avanzando las investigaciones que el genio insaciable de Humboldt, con vigor juvenil, realizaba hace cien años, en las inmediaciones de la eternidad.

Muerto prematuramente a los noventa años, como se dijo de Dilthey, no creyó que la ancianidad cancelara su deber con la ciencia, con la gracia y con la humanidad.

He aquí en pocas palabras por qué, desde hoy, emergerá entre el tumulto de los estudiantes que por aquí pasan, la figura congelada ya en el bronce de este maestro que, en su fugaz paso por nuestras tierras, adquirió la nacionalidad de nuestro espíritu y debe ser venerado por la juventud colombiana.

El gobierno Nacional lo deja aquí para ejemplo de las generaciones.